

# Wittgenstein y Popper. Un contexto común\*

Rafael García Alonso

En octubre de 1946 Ludwig Wittgenstein (1889-1951) abandonó malhumorado una sesión en la que Karl Popper (1902-1994) presentaba una ponencia titulada «¿Hay problemas filosóficos?» con ella Popper aceptaba la invitación del Moral Sciences Club de Cambridge a disertar sobre algún «malentendido filosófico». Popper confiesa en su autobiografía que se proponía con ella provocar a Wittgenstein asegurando que la filosofía debe intentar resolver verdaderos problemas en vez de asumir el papel meramente terapéutico de disolver falsos problemas de orden fundamentalmente lingüístico. Chocaban, pues, dos concepciones respecto a la labor filosófica engendradas, sin embargo, en una tradición filosófica común. Podemos preguntarnos, pues, qué planteamientos compartían y cuáles les diferenciaban.

Como han señalado Janik y Toulmin, entre 1880 y 1920 el intento de aclarar la finalidad y límites de la razón se identificó en el Imperio Austro-Húngaro con definir la finalidad y límites de la representación lingüística. Muchos intelectuales vieneses se sentían cómodos en la tradición empirista de Hume que consideraba la metafísica como un abuso lingüístico. Fritz Mauthner, Ernst Mach o Rudolph Carnap defendían una posición nominalista que se negaba a atribuir realidad a términos abstractos y generales como «fuerza», «energía», «sustancia», «absoluto» o «Dios». Mach no hablaba de relaciones causales sino de relaciones funcionales que no establecen un hecho como causa de otro, sino que se limitan a calcular hechos a partir de otros. En una frase claramente nominalista Wittgenstein afirmó que «una proposición dice cómo es una cosa, no qué es una cosa»<sup>1</sup>. También es acorde con el nominalismo su presupuesto ontológico de que el mundo no es la totalidad de las

\* El presente artículo debería haber figurado como parte del dossier sobre Karl Popper publicado en el número 635 (mayo de 2003) de la revista Cuadernos Hispanoamericanos. Los trabajos publicados forman parte del curso «Karl Popper. Cien años de su vida y de su obra» que fue organizado por el Centro de Profesorado de Madrid-Centro (dependiente de la Comunidad Autónoma de Madrid) y la Sociedad Española de Profesores de Filosofía (SEPF1) durante los meses de octubre y de noviembre de 2002. El curso fue coordinado por los profesores Juan José Abad y Luis María Cifuentes.

<sup>1</sup> L. Wittgenstein, (1921). Tractatus Lógico-Philosophicus # 3.2.2.1, Madrid, Alianza Universidad, 1973, p. 195.

cosas sino de lo que acaece. Y lo que acaece son hechos atómicos que resultan de las relaciones y combinaciones de diferentes objetos.

También en Inglaterra la filosofía emergente se presentó como análisis del lenguaje frente al idealismo hegeliano que era aún vigoroso en las universidades. Es significativo que en 1936, dieciséis años más tarde de la publicación del *Tractatus*, los filósofos M.R.Cohen y Ernst Nagel afirmaran que gran número de las estériles polémicas acerca de la verdadera naturaleza de la propiedad, la religión o la ley desaparecerían si se reemplazaran estas palabras por equivalentes exactamente definidos. Este antiesencialismo había contribuido a rechazar la metafísica como tarea de la filosofía. Conviene destacar los pasos sucesivos que dieron, al respecto, George Moore (1873-1958) y Bertrand Russell (1882-1970). Moore había propuesto sustituir el problema de la verdad de las proposiciones por el de su significado. Para ello había que analizar no tanto las palabras como los conceptos relevantes implicados en una proposición. Russell hiló más fino: no propuso analizar conceptos sino la forma lógica de las proposiciones. Al mismo tiempo que Gottlob Frege, Russell descubrió que no todas las proposiciones tienen la estructura sujeto-predicado (que se presta a la defensa de la relación sustancia / cualidades). De estos análisis se podría deducir qué proposiciones tenían sentido –fueran verdaderas o falsas– y cuáles eran sinsentido en la medida en que no afirmaban propiamente nada. La filosofía en tanto que análisis lingüístico debía averiguar qué puede ser dicho con sentido. Éste era, en último término, el propósito del *Tractatus*. Una proposición puede ser considerada sin sentido cuando no responde a un estado de cosas posible. Las proposiciones con sentido eran exclusivamente las referidas a hechos empíricos. Especialmente si de ellas da cuenta la ciencia. El objetivo de las proposiciones científicas es, según Wittgenstein, sumamente ambicioso –casi hasta el exceso: describir el mundo completamente. Es interesante, sin embargo, constatar una limitación interna señalada por Wittgenstein en la labor de las ciencias. En una afirmación de relativismo, Mach había afirmado que los procesos que se dan en la naturaleza están privados de leyes y de reglas. Quizás en sentido similar, Wittgenstein critica la soberbia de las ciencias: considera una ilusión creer que «las llamadas leyes naturales sean la explicación de los fenómenos naturales»<sup>2</sup>. La ciencia, por tanto, puede describir el mundo pero no explicarlo.

Con frecuencia, Popper se declara como un pensador nominalista interesado por el lenguaje de una forma muy diferente tanto a los esencialistas que pretenden desvelar cuál es el verdadero significado del concepto x,

<sup>2</sup> L. Wittgenstein, Op.cit, # 6.371, p. 195.

como de los filósofos del lenguaje ordinario esforzados en desvelar cómo se usan términos y expresiones lingüísticas. En ambos casos, a juicio de Popper, se cae en una especie de escolasticismo inoperante. Los problemas no se resuelven añadiendo claridad conceptual –siempre deseable– sino «con la ayuda de nuevas ideas»<sup>3</sup>. El significado lógico de una teoría no depende de los «significados» de las palabras o proposiciones sino de las ideas que transmiten. De ahí que juzgara ingenuo y baldío el empeño neopositivista de desmarcar la ciencia de la metafísica. En *La sociedad abierta y sus enemigos*, propone incluso eliminar del discurso filosófico términos como «significado», «significativo» o «sinsentido», tan frecuentes en el *Tractatus*. Lo que importa es establecer los criterios de verificabilidad de las teorías. La propuesta neopositivista de demarcar la ciencia frente a la metafísica es sustituida por el intento de establecer un criterio para demarcar la ciencia de la pseudociencia. A su juicio, una teoría que es compatible con todo tipo de hechos y que, por tanto, se ve siempre confirmada, directa o indirectamente –piénsese en la teoría psicoanalítica–, no es una teoría científica. Por el contrario, el discurso científico debe ser cauteloso. Popper propone el criterio de falsabilidad para saber si nos encontramos ante una teoría científica. Ésta debe prestarse a su contrastación con pruebas que puedan invalidarla. Es decir, el científico debe ser valeroso y señalar qué hechos son incompatibles con las tesis que defiende. Si las afirmaciones o hipótesis propuestas resisten tal contrastación serán admitidas como válidas. Una teoría es científica en la medida en que sea falsable, es decir, cuando puedan establecerse circunstancias en las que debería ser considerada como falsa y sustituida por otra. En este sentido Popper afirma que el contenido lógico de un enunciado son todas las consecuencias no tautológicas que pueden ser derivadas del enunciado o de la teoría<sup>4</sup>. Lo que hace que una teoría o un enunciado sean científicos es «su poder para descartar o excluir la ocurrencia de algunos eventos posibles»<sup>5</sup>. En este sentido, Popper comparte con Wittgenstein un planteamiento en el que es relevante la tríada posibilidad / imposibilidad / realidad. En efecto, según el *Tractatus*, las proposiciones elementales afirman la existencia de un estado de cosas que puede o no coincidir con la realidad. El método de las tablas de verdad intenta delimitar las configuraciones posibles de estados de cosas, de las imposibles. Por eso afirma Wittgenstein que las posibilidades de verdad de las proposiciones elementales significan posibilidades de existencia y no-existencia de estados de cosas<sup>6</sup>. Lo cual permite distinguir

<sup>3</sup> K. Popper, (1969). Búsqueda sin término, Barcelona, Alianza editorial, 2002, p. 50.

<sup>4</sup> K. Popper, (1969). Búsqueda sin término, Barcelona, Alianza editorial, 2002, p. 42.

<sup>5</sup> K. Popper, (1969). Búsqueda sin término, Barcelona, Alianza editorial, 2002, p. 65.

<sup>6</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 4.3, p. 101.

lo posible de lo imposible. Y, por tanto, las proposiciones con sentido de las proposiciones sin sentido. El sentido de una proposición es el «acuerdo o desacuerdo con posibilidades de existencia y no existencia de estados de cosas»<sup>7</sup>. Ahora bien, el criterio para comprobar la veracidad de una proposición con sentido es empírico, «Si la proposición elemental es verdadera, el hecho atómico existe; si es falsa, el hecho atómico no existe»<sup>8</sup>. Pues bien, también Popper considera que la confirmación de una teoría depende de los hechos, lo cual le permite reivindicar la denostada teoría de la verdad como correspondencia.

Hay, sin embargo, tres notables diferencias entre Wittgenstein y Popper: (A) Un hecho empírico es evidentemente algo muy distinto de una frase. Para intentar defender la posibilidad de una correspondencia entre lenguaje y hecho Wittgenstein había defendido en su teoría figurativa del lenguaje que existe una correspondencia entre lenguaje y realidad. «El nombre significa el objeto. El objeto es su significado»<sup>9</sup>. En una proposición se combinan nombres de objetos. A la configuración de signos simples en el signo proposicional corresponde la configuración de los objetos en el estado de cosas<sup>10</sup>. Esta propuesta exagera, a juicio de Popper, la importancia del lenguaje cuya labor es, a su juicio, instrumental. Para resolver el problema citado, Popper acepta la propuesta de Alfred Tarski según la cual se necesita un metalenguaje que permita hablar tanto de enunciados como de hechos. De esa forma ambos son situados en el mismo plano. Pueden así construirse proposiciones como «El enunciado  $^x^$  en el lenguaje  $^L^$  corresponde a los hechos –es verdadero– si y solamente si  $^x^$ ». Corresponder a los hechos, aclara Popper, es un predicado metalingüístico que se predica de enunciados<sup>11</sup>. En su opinión, las posiciones de Wittgenstein son alicortas en la medida en que no sirven para referirse a la ciencia. Ésta no se limita a describir la realidad mediante meras enunciaciones de hechos concretos sino que enuncia hipótesis científicas que tienen un alcance universal o general. Al contrario de la posición de Mach y de Wittgenstein expuesta anteriormente, Popper –desde un planteamiento realista– está convencido de que el denominado «mundo externo» es un cosmos en el que se dan regularidades que cabe intentar no sólo describir sino también explicar mediante leyes siempre abiertas a su posible revisión.

Por eso mismo (B), resulta ingenua y dogmática la pretensión wittgensteiniana de considerar la ciencia como el conjunto de todas las proposicio-

<sup>7</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 4.2, p. 97.

<sup>8</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 4.25, p. 99.

<sup>9</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 3.203, p. 53.

<sup>10</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 3.2 y 3.2.1, p. 53.

<sup>11</sup> K. Popper, (1969). Búsqueda sin término, Barcelona, Alianza editorial, 2002, p. 228.

nes verdaderas. Popper argumenta que las hipótesis de la ciencia son siempre meras conjeturas de las que nunca podremos saber si son o no absolutamente verdaderas. Lo cual, desde el punto de vista wittgensteiniano, debería conducir las al horno crematorio reservado a la metafísica. Ello sería un grave error, afirma Popper, ya que la competencia entre unas teorías y otras es condición inexcusable para el avance científico. «La ciencia genuina consiste en el trabajo de descubrimiento y no en los resultados asegurados para siempre»<sup>12</sup>. «Ninguna teoría es definitiva, pero todas nos ayudan a ordenar y seleccionar los hechos»<sup>13</sup>. Es más, la metafísica es fértil en la medida en que apunta nuevos problemas que no habían sido abordados anteriormente así como nuevas formas de resolverlos. Por último (C), según Popper el *Tractatus* es un libro contradictorio puesto que conteniendo proposiciones filosóficas condena a éstas como sin sentido. Desde ese punto de vista, el *Tractatus* es estéril debido a su infalsabilidad. Cualquier objeción que se le pueda hacer se le hará desde la filosofía y quedará por ello, desde el punto de vista wittgensteiniano, *ab initio* declarada como sin sentido.

Este artículo no debe finalizar sin señalar una similitud y una diferencia muy relevantes entre Wittgenstein y Popper. Ambos están de acuerdo en la dualidad entre hechos y valores. En el *Tractatus* leemos: «El sentido del mundo debe quedar fuera del mundo. En el mundo todo es como es y sucede como sucede: en él no hay ningún valor (...) Si hay un valor que tenga valor, debe quedar fuera de todo lo que ocurre y de todo ser-así. Pues todo lo que ocurre y todo ser-así son casuales»<sup>14</sup>. Por su parte, en su autobiografía, Popper escribe: «El mundo de los valores trasciende el mundo carente de valor de los hechos»<sup>15</sup>. Las conclusiones de ambos son, sin embargo, muy distintas. Según Wittgenstein, no puede haber proposiciones de ética. El sujeto es invitado a la inacción, a dejar las cosas como están. O a contemplarlas fríamente *sub specie aeterni*. Este planteamiento le parece a Popper cobardemente mistificante. Ciertamente, a su juicio, los hechos o la historia como tales carecen de sentido o valor. Eso significa que, por sí mismos, «no pueden determinar los fines que vamos a elegir. Somos nosotros quienes introducimos finalidad y sentido en la naturaleza y en la historia»<sup>16</sup>. Quienes debemos discutir cómo sería el mundo mejor y si merece la pena luchar por ello. En definitiva, según Popper sí hay problemas filosóficos, no triviales malentendidos.

<sup>12</sup> K. Popper, (1994). La responsabilidad de vivir, Barcelona, Paidós, 1995, p. 272.

<sup>13</sup> K. Popper, (1994). La responsabilidad de vivir, Barcelona, Paidós, 1995, p. 151.

<sup>14</sup> L. Wittgenstein, (1921). Op.cit., # 6.41, p. 197.

<sup>15</sup> K. Popper, (1994). Búsqueda sin término, Barcelona, Alianza editorial, 2002, p. 314.

<sup>16</sup> K. Popper, (1994). La responsabilidad de vivir, Barcelona, Paidós, 1995, p. 172.

